

Una imagen de luto y de poder: los funerales del primogénito de Aragón y príncipe de Viana en Barcelona (1461)

Vera-Cruz Miranda Menacho¹

Recibido: 13 de abril de 2021 / Aceptado: 17 de mayo de 2021

Resumen. El objeto de este trabajo es detallar los funerales del príncipe de Viana, Carlos de Aragón y de Navarra, celebrados durante septiembre y octubre de 1461 en la ciudad de Barcelona. Esta ciudad fue testigo de su muerte y, por ello, se convirtió en el escenario de las ceremonias fúnebres, a través de ellas se observa el ceremonial propio del momento, insertado dentro de un contexto cultural europeo. Se trata de observar los funerales desde la perspectiva del rito y la ceremonia, pero también desde la transmisión de la imagen de poder del príncipe heredero.

Palabras clave: funerales; príncipe de Viana; Corona de Aragón; primogénito; heredero; Barcelona; Edad Media.

[en] An image of mourning and power: the funeral of the heir of Aragon and the Prince of Viana in Barcelona (1461)

Abstract: This piece explores the funeral of Charles, prince of Viana, held during September and October 1461 in Barcelona; having witnessed his death, the city became the scene of his funerary rites. These ceremonies were illustrative of contemporary European rituals and analysing them allows us to better understand depictions of the power of a crown prince.

Keywords: funerals; Prince of Viana; Crown of Aragon; firstborn; heir; Barcelona; Middle Ages.

Sumario. 1. Introducción. 2. El príncipe ante la muerte: anatomía política y ritual de un instante. 3. ¡El príncipe ha muerto! 4. El primer escenario: palacio. 5. Barcelona de luto. 6. La procesión. 7. El funeral religioso. 8. Conclusiones. 9. Bibliografía.

Cómo citar: Miranda Menacho, Vera-Cruz. (2022), Una imagen de luto y de poder: los funerales del primogénito de Aragón y príncipe de Viana en Barcelona (1461), en *En la España Medieval*, 45, 197-218.

¹ Universidad Rey Juan Carlos.
E-mail: veracruz.miranda@urjc.es
ORCID: [0000-0001-5723-0606](https://orcid.org/0000-0001-5723-0606).

1. Introducción²

La muerte del príncipe, en el sentido más amplio del concepto, ha sido objeto de innumerables estudios a lo largo de las últimas décadas. Desde las clásicas monografías, ya sea desde la vertiente de la teología política, como la tesis de Kantorowicz, o sobre aspectos más generales en cuanto a rito y ceremonial, entre los que hay que destacar los clásicos de Ariès para Francia, Giesey o Nieto Soria para Castilla, se ha ido produciendo un avance en lo relativo a estudios más específicos que amplían la visión de conjunto con respecto a la muerte y a los funerales reales, pudiéndose comprender como un conjunto de solemnidades dentro de un marco histórico y cultural europeo³. Los funerales regios y todo lo que rodea a la muerte son una fuente de gran valor para la historia cultural y de las mentalidades, pero también deben ser estudiados desde la dimensión del poder y la trasmisión de esa imagen, protagonista del escenario luctuoso. Se trata del último encuentro entre el príncipe y sus súbditos en un escenario construido para que la imagen del poder se presente intacta, como en vida, y el recuerdo permanezca, rodeado de un ceremonial donde el simbolismo de la muerte y de la potestad regia están siempre presentes. En muchos casos, se ha interpretado lo ritual como una forma de discurso que vincula lo político, lo religioso y, por supuesto, lo ceremonial⁴. Una suerte de economía de los ritos que desde la Edad Media acompañó buena parte de la práctica política de las diferentes monarquías europeas. Describir un rito funerario tiene algo de imperativo historiográfico para todos los trabajos de la historia política de los reinos peninsulares. El despliegue conceptual que se plasma en toda narración de un funeral regio tiene mucho de proceso de producción y reproducción de significados y constituye un evidente dispositivo de comunicación.

Centrándonos en un espacio más concreto, en la Corona de Aragón, los funerales de la casa real han sido objeto de diversos estudios globales, aunque en algunas ocasiones no han gozado de toda la presencia que la importancia del reino tuvo para las últimas décadas bajomedievales⁵. En este trabajo, queremos prestar atención a los funerales celebrados en Barcelona, entre el 23 de septiembre y el 5 de octubre de 1461, por la muerte del príncipe de Viana, Carlos de Aragón y Navarra, como abordaje a la anatomía de un instante en la vida política de la Corona de Ara-

² Abreviaturas: ACA = Archivo de la Corona de Aragón; AHCB = Archivo Histórico Ciudad de Barcelona C = Cancillería; CODOIN ACA = Colección de documentos inéditos del Archivo General de la Corona de Aragón; reg = registro.

³ En relación con los funerales son indispensables los clásicos como Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey*, Ariès, *El hombre ante la muerte*, Giesey, *Le roi ne meurt jamais* o, más recientemente, Gaude-Ferragu, *D'or et de cendres*. Asimismo, desde la historiografía peninsular debemos citar a Nieto Soria, *Ceremonias de la realeza*; *idem*, “Ceremonia y pompa para una monarquía”; Mitre, “La muerte del rey”; e *idem*, “Muerte y memoria del rey”. Más recientemente, y como resultado de los estudios que se están llevando a cabo desde el ámbito europeo, Miranda García y López Guerriño (eds.), *La muerte de los príncipes en la Edad Media y Chatenet, Gaude-Ferragu y Sabatier (eds.), Princely Funerals in Europe, 1400-1700*. Asimismo, otros estudios más específicos son los de Cabrera Sánchez, “Funerales regios”, *idem*, “El rey ha muerto” e *idem*, “La muerte del príncipe”, y García Pérez y González Arce, “Ritual, jerarquías y símbolos”. Asimismo, para la Edad Moderna, es indispensable la obra de Varela, *La muerte del rey*.

⁴ En cuanto al concepto de rito medieval remito a Carrasco García, “Ritual político, antropología”.

⁵ Sobre los estudios del reino de Aragón remito a Sabaté, *Cerimonies fúnebres*. Y más recientemente a Cingolani, “Más allá de la muerte” y de este mismo autor, otros estudios más específicos como *idem*, “La Reina María y los funerales de su madre”. Asimismo, Laliena Corbera e Irazo Muñoz, “Las exequias de Alfonso V”.

gón en los primeros decenios de la segunda mitad del siglo XV y en la comunidad política de Barcelona, ya como estrategia política o simple descripción de etapas de un ritual.

Las fuentes de las que disponemos son muy ricas en detalles, como *El llibre de les Solemnitats de Barcelona*, donde se anotaban todos los acontecimientos solemnes celebrados en la ciudad, o los diarios de la Diputación del General y del Consejo de Ciento de Barcelona, en los que diariamente se registraban todos los hechos ocurridos en la ciudad. Esta información se completa con los registros de cancillería del Archivo de la Corona de Aragón, que ofrecen numerosos datos, en su mayoría contables, adecuados para poder completar la información detallada en las crónicas y diarios⁶. Todo ello permite acercarse al funeral real desde el rito, la ceremonia, pero también a los preparativos que la ciudad de Barcelona organizó al primogénito, a aquél a quien habían recibido dos años atrás con los máximos honores en sus calles y ahora debían despedir.

La muerte del príncipe, en este caso, del príncipe heredero, obligaba a poner en marcha una compleja organización para preparar los funerales y las exequias adecuadas al sucesor de la corona, pues se trataba de la última solemnidad en vida que iba a recibir el príncipe. La ciudad de Barcelona fue testigo de su muerte, por tanto, se convirtió en el escenario de las ceremonias fúnebres que ocuparon diversos espacios, tanto civiles como religiosos, transformados para ese momento y convertidos en espacios luctuosos en donde los asistentes debían formar parte de la escena con el cuerpo del príncipe como protagonista⁷. En cada uno de los espacios (palacio, calles, catedral) se entrelazaban dos elementos: el luto y el poder. A través de diversos elementos materiales y visuales, los símbolos, se construía un escenario único, determinado en un espacio y en un tiempo, dedicado a ofrecer el último homenaje a un representante de la realeza.

Los funerales reales no solamente deben interpretarse desde la vertiente del ceremonial y de los ritos, como elementos descriptivos, sino que se deben observar desde la lógica de las relaciones de poder y desde su posición, en el caso que nos ocupa, institucional de primogénito de Aragón, gobernador general de Cataluña y legítimo heredero del reino de Navarra. Y es, en este establecimiento de las relaciones de poder, de donde debemos partir para poder analizar y comprender los funerales de Carlos de Aragón, los funerales del primogénito, como *unam personam et unum corpus* con el rey, Juan II, su padre⁸. Se trata de la representación del poder real, del lugarteniente del rey, a través de los ritos y ceremonias fúnebres en esa última manifestación.

⁶ En el siglo XV, las dos principales instituciones, la Generalidad y el Consejo de Ciento, tenían por costumbre redactar dietarios en los que explicaban los acontecimientos más importantes ocurridos durante el día. Ellos nos aproximan al contexto histórico del momento, tanto en la ciudad de Barcelona como en el resto de Cataluña. La Generalidad de Cataluña redactó el *Dietaris de la Generalitat* y, durante el periodo que nos interesa, había, además, otro muy parecido, el *Dietari o Llibre de Jornades*, escrito por Jaume Safont, notario de esta institución, encargado de redactar el *Dietari* oficial y quien, en paralelo, escribió otro de carácter más personal. Mientras, el Consejo de Ciento redactó su propio diario, *Manual de novells ardots*, además de *Llibre de les Solemnitats*, donde se detallaban los acontecimientos más solemnes sucedidos en la ciudad de Barcelona. Asimismo, en el ACA, en Cancillería, encontramos muchos datos que ayudan a completar la información.

⁷ Sabaté, *Cerimònies fúnebres*, p. 20.

⁸ Expresión que aparece en el decreto de Pedro IV para crear el título de duque de Gerona para su primogénito, Olmos, *La evolución de la sucesión al trono*, pp. 63-65.

2. El príncipe ante la muerte: anatomía política y ritual de un instante

El acontecimiento que narramos comienza justo cuando la dama negra ronda al príncipe. La muerte del príncipe debemos entenderla no solo como el óbito propiamente dicho, sino también como el conjunto de elementos que rodean el momento del deceso, que comienza en esos últimos instantes de vida. En esas postreras horas, el *princeps* debía seguir siendo espejo de virtud, como lo había demostrado a lo largo de su vida, preparando el trance de su muerte como buen cristiano, con el fin de garantizar el eterno reposo de su alma. El *Ars moriendi*, manuales muy difundidos por esa época, que recogían la tradición cristiana sobre la muerte, no solamente insistían en prepararse para el trance con calma y alegría para morir en la fe de Cristo, sino que también exhortaban a dejar atadas las cuestiones terrenales en sus últimas voluntades⁹. Estos últimos momentos son recogidos por las crónicas, pues son el único testimonio del tránsito del príncipe como un buen cristiano¹⁰.

En líneas generales, el príncipe de Viana murió como debía, como cristianísimo príncipe, habiendo otorgado testamento pocas horas antes de morir como medio de salvación espiritual a través de las donaciones a iglesias y monasterios para las oraciones y misas por su alma, aunque sin disponer nada en cuanto al lugar del entierro ni a la ceremonia que debía ser decidida por sus albaceas¹¹. Este hecho, la no elección de sepultura ni de ceremonial por parte del príncipe, marcaba en sí una postura política de no actuación. Prefería dejar en manos de sus albaceas todas las decisiones, pues su muerte se producía en un contexto político complejo, marcado por la reciente Capitulación de Villafranca, firmada entre la Diputación del General y Juan II, y su nombramiento como lugarteniente del rey¹². En la mayoría de las ocasiones, el rey era quien elegía la sepultura del primogénito, sin embargo, la compleja relación entre ambos no disponía para este tipo de decisiones¹³.

Posteriormente, recibió los santos sacramentos y se arrepintió de sus pecados, como culminación de una vida religiosa marcada por una gran piedad, “*ha rebuts com ha cristianissim princep los sacraments ecclesiastichs*”¹⁴. Sus últimos momentos aparecen bien detallados en las crónicas¹⁵ y en el *Llibre de les Solemnitats*. El príncipe dijo: “Mi proceso se va a publicar” y pidió el Cuerpo de Cristo para recibir el viático. Se sacó los anillos, porque no quería irse envuelto por la vanidad del mundo, y pidió perdón a algunos consejeros y diputados que se encontraban allí presentes. Después de recibir la Eucaristía, perdió el conocimiento y “*la sua ànima a nostro senyor Déu, qui aquella se creu rebé e pujá en Paradís, segons obres d’ell*

⁹ Los tratados del *Ars moriendi* circularon especialmente en el siglo XV; la cualidad de la calma ante la muerte, como sí se describe en la de Juan II: “*sens fer mutació o moviment algú mostrant ésser aconortat de la mort*”, *Llibre de algunes coses asanyalades*, p. 279. Sobre este tipo de obras remito a Ruiz García, “El *Ars moriendi*”; Watson, “El *Ars moriendi* del siglo XV”; Haindl Ugarte, “*Ars bene moriendi*”.

¹⁰ Mitre, “La muerte del rey”, pp. 177-178.

¹¹ Estos fueron Juan de Beaumont, Juan de Híjar, Juan de Cardona y su confesor, Pere Queralt, y los consejeros de ese año de la ciudad de Barcelona, Pere de Torrent, Lluís Setantí, Simeó Sala, Honorat Saconomina y Rafael Vilar.

¹² Sobre las cuestiones políticas del momento remito a Miranda, *El príncipe de Viana*.

¹³ Cingolani, *Más allá de la muerte*, p. 181.

¹⁴ *CODOIN ACA*, XVIII, p. 42.

¹⁵ *Dietari o Llibre de Jornades*, pp. 139-140; *Manual de novells ardis*, II, p. 392; *Dietaris de la Generalitat*, I, p. 167; *Rúbriques de Bruniquer*, I, p. 332.

*se seguiren*¹⁶. Esto sucedió entre las 3 y las 4 horas de la madrugada, en un lecho de reposo en la cámara de *parament* del palacio real de Barcelona, un 23 de septiembre de 1461, acompañado por sus más fieles, Juan de Beaumont, Juan de Híjar, Juan de Cardona y su confesor, maestre Queralt, así como cuatro consejeros elegidos por el Consejo de Barcelona, que llevaban un par de días velándolo y acompañándolo en sus últimas horas, como costumbre y privilegio de los *consellers* de cuidar a los reyes durante sus enfermedades¹⁷. En este caso, no encontramos documentada ninguna acción para certificar su muerte, como sí aparece tras la muerte de la reina María de Castilla, en Valencia, en la que comprobaron que no respiraba al acercarle una vela encendida a la boca y colocarle un vaso de agua en el pecho¹⁸.

A pesar de que la muerte del príncipe de Viana siempre ha estado acompañada de cierta leyenda a causa del rumor que corría sobre un supuesto envenenamiento por parte de la reina Juana Enríquez, se produjo por causas naturales, una pleuresía, como así lo certifican los diarios de las instituciones; de hecho, su salud no era buena desde hacía varios años¹⁹. Y esa muerte, inesperada en cierta manera, marca un cambio en la sucesión de la Corona de Aragón, pues el primogénito será Fernando, el único varón de Juan II de Aragón, fruto de su segundo matrimonio con Juana Enríquez, lo que suponía dejar el linaje navarro de los Evreux fuera del trono aragonés.

¡El príncipe ha muerto! Esto da comienzo a una serie de preparativos para transformarlo todo en un escenario luctuoso, donde los símbolos del dolor, el luto y de la identidad del difunto se debían plasmar en todas partes. El lenguaje del simbolismo es el que adquiere protagonismo. La cotidianidad se altera, se detiene y comienza un tiempo especial que va a cambiar el día a día de la ciudad²⁰. Pero no solamente en Barcelona; en muchas otras villas y lugares de los reinos se van a celebrar funerales en honor al primogénito, aunque la escenificación sea más breve y menos ambiciosa, en un intento de escenificar esa conjunción de dolor y poder.

La muerte física y los escenarios que recorrió el cuerpo del difunto son ahora los elementos que nos interesa tratar. Una muerte que, en su proceso de ritualización, legitima todos y cada uno de los mandatos de su testamento y que significa el valor político del fenecido, naturalizando de paso el tránsito de la vida política activa a la actividad simbólica que se originó tras su deceso. Muerte y escenarios de exhibición política cobran ahora una sutil importancia en el entramado urbano y político de Barcelona.

¹⁶ *Llibre de les Solemnitats*, I, pp. 239-242.

¹⁷ Cuando Fernando de Trastámara estaba en sus últimos días en Igualada, Joan Fiveller, *conseller*, y otros representantes del *Consell*, se desplazaron hasta allí para acompañarle. Soldevila, “La mort de Ferran d’Antequera”, p. 26. Y lo mismo sucedió con la agonía de Juan II en el palacio real de Barcelona, quien debía estar acompañado siempre por dos prohombres de la ciudad, *Libre de algunes coses asanyalades*, p. 278.

¹⁸ Toldrà Parés, *La reina Maria*, pp. 857-859.

¹⁹ Su salud no era buena desde hacía varios años, ya que en sus estancias por el Mediterráneo había nombrado a varios médicos. De hecho, de Mallorca partió porque no le sentaban bien los aires de la isla y en Morella, durante su cautiverio, fue atendido por un cólico. A finales de junio, meses antes de morir, no pudo despachar ciertos asuntos por su indisposición. ACA, C, Varia 395, ff. 62v-63v (1461, junio, 22). Empeoró de nuevo a principios de septiembre, ACA, C, Varia 396, ff. 63v-64v (1461, septiembre, 15); *Dietaris de la Generalitat*, I, p. 167; *Dietari o Llibre de Jornades*, p. 139.

²⁰ En esa detención de la cotidianidad, el día de la muerte del príncipe se suspendieron los procesos judiciales como el que se estaba llevando a cabo contra los judíos de la aljama de la ciudad de Gerona, ACA, Generalidad, N 672, ff. 38v-39r (1461, septiembre, 23).

3. ¡El príncipe ha muerto!

La desaparición del príncipe, de su cuerpo natural, lleva aparejada una serie de preparativos para los ritos y ceremonias que se deben ofrecer en ese último adiós, en este caso, al primogénito. La exposición del príncipe en la capilla ardiente del palacio obligaba a cuidar y manipular el cuerpo para retrasar la descomposición del cadáver y permitir su exposición²¹. Las técnicas de manipulación *post mortem* del cadáver estaban prácticamente reservadas para miembros de la familia real, pues eran ellos, especialmente, quienes debían aguantar la exposición y las ceremonias fúnebres durante varios días. El príncipe, su cuerpo, debía estar preparado para presentarse por última vez ante sus súbditos, pues debía representar lo mismo que en vida, una imagen de majestuosidad, rasgos exclusivos de la potestad regia.

Siguiendo la costumbre propia de los reyes de Aragón, se procedió a embalsamarlo el mismo día de su muerte²². Se decidió “*que los cors del dit primogenit fos embalsamat, e axí-s feu, car encontinent lo obriren, e tragueran ço que se custuma, e embalsamaren-lo*”²³. Como la exposición del cuerpo iba a prolongarse a lo largo de varios días, se procedió a abrir el cuerpo para extraer los órganos intestinales. Los cirujanos de Barcelona, Jaume Ballester y Martí Bellit, fueron quienes “*han trets los membres intestinals del cos del dit senyor e aquell han polvoritzat e dat lo recapte que a semblant senyor és acostumat e encare són entrevenguts en metre ’l en les caxes e han stat per spay de una nit*”²⁴. Y Pere Prats, boticario de Barcelona, fue quien se encargó de proporcionar diversas especias aromáticas y polvos que se colocaban dentro del abdomen, con una función antiséptica y aromática²⁵. Según atestiguan las cuentas, se compró, entre otras, acíbar, mirra y almáciga. Debido a la dilatada exposición del cuerpo antes de su entierro, prolongada a lo largo de trece días, un poco más que su padre Juan II, se hacía necesario, al igual que sucedería años más tarde con su padre, un tipo de embalsamamiento más completo con procedimientos quirúrgicos²⁶. A pesar de que no disponemos de más datos en relación con el procedimiento realizado, entendemos que siguieron las costumbres que implicaban la separación de las entrañas y la colocación en recipientes, pues era habitual separar el cuerpo y el corazón, que se guardaba en una caja y se enterraba en un lugar distinto²⁷.

²¹ Georges, “Mourir c’est pourrir un peu”, p. 373.

²² La costumbre de embalsamar los cadáveres reales estaba presente en el reino de Aragón (Sabaté, *Lo rei es mort*, p. 174), pues tanto Martín el Humano como Alfonso el Magnánimo fueron embalsamados, (Santacruz, *La mort de Martí l’Humà*, p. 202), igual que, posteriormente, Juan II (*Llibre de algunes coses asanyalades*, p. 280). Pero también era habitual en Francia e Inglaterra, Gaude-Ferragu, *D’or et de cendres*, p. 117. Por el contrario, parece que en Castilla se interrumpió desde finales del siglo XIV con los Trastámara y se generalizó a finales del XVII, Varela, *La muerte del rey*, p. 7.

²³ *Llibre de les solemnitats*, LXXXI, p. 240.

²⁴ En el proceso participó Pere Prats, boticario de Barcelona, quien proporcionó diversas especias aromáticas y otros polvos, sin especificar, por lo que recibió 9 libras y 10 sueldos barceloneses, ACA, C, reg. 3421, f. 28r (1462, enero, 13). Y Pere Mascaró, mercader de Barcelona, vendió 7 onzas de acíbar, 6 onzas de mirra, 3 sueldos por onza, y 6 onzas de almáciga, 5 sueldos la onza. Un total de 29 libras, 8 sueldos y 6 dineros barceloneses. ACA, C, Varia 24, f. 147 (s.d.).

²⁵ Cabrera Sánchez, “El rey ha muerto”, p. 241.

²⁶ *Idem*, “Técnicas de conservación”, pp. 175-198.

²⁷ La extracción del corazón solía ser habitual en Francia, Gaude-Ferragu, “Le corps du roi”, p. 71. En Navarra, donde conocemos el ejemplo de Carlos II, cuyo corazón está conservado en Santa María de Ujué. También en Castilla en tiempos de Alfonso X, aunque dejó de practicarse pronto, hasta el siglo XVII, cuando volverá a ser costumbre enterrar el corazón en otro lugar, Varela, *La muerte del rey*, pp. 79-80.

Antes de la exposición en la sala principal del palacio, y tras la preparación del cuerpo para evitar la corrupción, se procedió a vestir al príncipe, con “*una camisa prima, un gipó de domás carmesí, una barreta al cap, violada, e sabates negres, e tirat aprés, li vestiran una roba de vellut negre, folrada de cetí carmesí*”²⁸. Así vestido, con ropas propias de su rango, “*roba d’estat*”²⁹, de terciopelo negro y damasco carmesí, permaneció todo el día en el “*llit de repós*” donde había muerto, velado por el obispo de Huesca, el conde de Pallars, los diputados del General de Cataluña y otros notables, además de multitud de gente. Posteriormente, se adoptó la costumbre de vestir al difunto con hábitos religiosos, dándole a las exequias regias un mayor cariz cristiano³⁰.

El velatorio duró un día entero, el miércoles, permaneciendo en la cámara donde murió, velado continuamente por frailes de la Merced, quienes cantaban oficios de muertos y otras oraciones de forma ininterrumpida. Así permaneció hasta el jueves, cuando debía ser bajado solemnemente a la sala principal del palacio, donde se iba a colocar la capilla ardiente abierta a todos los ciudadanos de Barcelona. El príncipe no podía estar solo, debía estar acompañado en todo momento, como cualquier difunto. Según la costumbre, se le colocaron velas alrededor del lecho, pues, a pesar de la intimidad del momento, se trataba de un acontecimiento público. No obstante, no encontramos muchos ejemplos de velatorio y capilla ardiente en el palacio, en tiempos bajomedievales, pues normalmente se hacía directamente en la catedral³¹.

4. El primer escenario: palacio

El palacio, lugar por excelencia del poder, es el primer escenario en donde el príncipe se presenta por última vez ante sus súbditos y ante los ciudadanos de Barcelona, quienes van a ir a rendirle el último homenaje. Por eso la capilla ardiente se preparaba en la sala principal del palacio, incluso aunque muriera en otro lugar cercano, como el caso de Juan II, quien moriría en el palacio episcopal de Barcelona³². El simbolismo de la muerte debía ocupar todo el espacio. Las estancias se decoraban para el momento, con tapices nuevos, o se forraban paredes y escaleras. El color negro adquiriría un protagonismo especial, en tanto que color símbolo de las tinieblas y de la noche, del dolor y la tristeza, a través de elementos materiales como tapices o pinturas en las paredes del palacio, pero también, evidentemente, en las vestimentas de los allí presentes³³. Pero, además, debía remarcarse la identidad del difunto, pues se trataba del primogénito y heredero del rey, el lugarteniente del monarca en Cataluña;

²⁸ *Llibre de les Solemnitats*, I, pp. 240.

²⁹ Juan II de Aragón también se vistió de forma similar a su hijo, aunque demostrando la diferencia entre el rey y el príncipe, le vistieron todo de carmesí y forrado de marta gibelina con un gorro negro, *Llibre de algunes coses asanyalades*, p. 280; Varela, *La muerte del rey*, p. 18, haciendo alusión a un artículo de Miquel Longares.

³⁰ Varela, *La muerte del rey*, pp. 81-82. Aunque la reina María de Castilla ya se vistió con el hábito de monja franciscana descalza tras su muerte en 1458, Toldrà Parés, *La reina María*, p. 857.

³¹ Cingolani, *La reina María y los funerales*, Juan II de Aragón también permaneció en la capilla ardiente del palacio durante varios días.

³² *Llibre de algunes coses asanyalades*, pp. 278-279.

³³ Gaude-Ferragu, *D’or et de cendres*, pp. 136-137; Pastoreau, *Jesus, chez le teinturier*; Nogales Rincón, *El color negro*, p. 227.

por tanto, su identidad a través de la heráldica marcará asimismo todo el espacio y la decoración mostrará la solemnidad del personaje.

El catafalco con el cuerpo del difunto era el protagonista del espacio. El escenario se adaptaba al momento luctuoso, donde la tristeza también se manifestaba a través de los gritos, gemidos y llantos colectivos de los que allí estaban presentes. El catafalco se colocó en el centro de la sala³⁴. Se construyó un lecho alto con bancales alrededor, cubierto de colchones con un cobertor de satén carmesí con coronas de hilo de oro y de seda. Y, en la cabeza del lecho, se pusieron tres almohadones de tela de oro y dos parecidos a los pies. Sobre los bancales se pusieron alfombras de diversas labores, muy bellas. Y sobre el lecho un pabellón grande, hecho de cuatro cantos, de satén blanco, con diversas obras de oro y de seda, costoso y bello. Y se construyeron once altares, tres en cada lado, dos a los pies, tres en la cabeza, de los que uno era alto, ubicado donde el príncipe se sentaba en su silla regia cuando tenía audiencia, es decir, su trono.

Los elementos decorativos, tanto alfombras, telas o ricas sedas, eran propiedad del príncipe, pues con ellas se pretendía demostrar la distinción del personaje. Asimismo, se colocó otro elemento personal, su trono, la referida silla desde donde el príncipe concedía audiencia y se encargaba de sus labores gubernativas. Por tanto, el símbolo de su poder, en este caso el del primogénito y lugarteniente del rey, quien ejercía funciones como *alter nos* del monarca, en tanto que sus actos de justicia y de gobierno eran de la misma eficacia que los del rey, gozando también de los mismos privilegios y honores³⁵. A diferencia del funeral del rey, no se colocaban los *regalia insignia* ni se realizaba el típico *córrer les armes* que se hacía ante el cuerpo del difunto³⁶.

Las paredes de la sala fueron decoradas. En concreto, se colocaron unos tapices de raso nuevos que representaban cinco de los trabajos de Hércules. Tanto las paredes de la sala como las de la escalera por donde bajaron al príncipe fueron pintadas y decoradas por Jaume Vergós³⁷ y Gabriel Alemany³⁸, reconocidos pintores de Barcelona. Todo debía estar preparado para representar el momento de duelo. Se trataba de un momento público, en el que todos estaban invitados.

Una vez que se preparó el escenario de la capilla ardiente, el jueves por la mañana, después de un día de vela, llegaron, como es de rigor, algunos consejeros de Barcelona, junto con el veguer, Bernat de Guimerà, y otros prohombres de la ciudad, y subieron a la cámara mortuoria, donde ya se encontraban el obispo de Huesca, el conde de Pallars, diputado de Cataluña, y algunos nobles más, sentados sin seguir ningún orden. Un poco más tarde, subió el clero de la catedral con la cruz mayor alzada en procesión y el obispo de Vic hizo una absolución general. Posteriormente, se destapó el cuerpo del príncipe que estaba cubierto con una fina sábana. Y se quedó a cara descubierta, así era reconocido por todos. En ese momento, comenzaron

³⁴ Resulta curioso el dibujo que acompaña al asiento del día 1 de octubre de 1461 en el *Dietaris de la Generalitat*, 7, 2, f. 6r.

³⁵ Sobre la potestad del primogénito en Cataluña remito a Miranda, *El príncipe de Viana*, pp. 391-399.

³⁶ *Llibre de algunes coses asanyalades*, p. 280. Cingolani afirma que la primera constancia de los *regalia insignia* en los funerales fue en el de Pedro IV el Ceremonioso.

³⁷ Jaume Vergós pertenecía a una conocida familia de pintores del siglo XV, discípulos de Jaume Huguet. Su actividad pictórica principal se centraba en la pintura decorativa y fueron pintores de banderas. Se trata de Jaume Vergós, hijo del pintor con el mismo nombre, quien murió en el año 1503. Dalmases y Pitarch, *Història*.

³⁸ Estos pintores cobraron por este trabajo 38 libras, 8 sueldos y 2 dineros barceloneses ACA, C, reg. 3421, f. 16r (1461, diciembre, 5).

los llantos y los gritos, en esa escenificación del dolor propia de la Edad Media que acompañaba a los funerales y las exequias.

Los encargados de bajar el cuerpo fueron sus más fieles consejeros y leales servidores, Juan de Beaumont, Juan de Híjar y Juan de Cardona, ayudados por otros barones y familiares vestidos de sacas o de entrelistado. El cuerpo fue colocado sobre el lecho de muertos, que estaba cubierto con un paño de carmesí brocado en oro. La cabeza, hacia la catedral; los pies, hacia el portal de la sala. Como todo rito político, la ocupación del espacio no era un aspecto banal, al modo en que sucedía con la colocación del cuerpo del difunto que respondía a la tradición religiosa³⁹.

El catafalco fue rodeado de cirios que ardían de día y de noche, pues la luz era un elemento importantísimo en las ceremonias regias, al expresar el triunfo ante las tinieblas de la muerte⁴⁰. Mientras permanecía a cara descubierta, dos ujieres, que en vida le habían servido, le abanicaban con abanicos de pluma, como si estuviera vivo⁴¹. La capilla ardiente permaneció en la sala del palacio durante trece días. En todo momento estuvo acompañado por el clero de la catedral y los monjes y monjas de los demás monasterios de la ciudad, que cantaban los oficios divinos y celebraban servicios por su alma⁴².

Durante cuatro días permaneció el príncipe en la capilla ardiente a cara descubierta, cuatro días menos que su padre, Juan II, quien permaneció ocho días a *cos descarrat* hasta que fue colocado en el ataúd⁴³. El domingo se desvistió el cuerpo, aunque no se especifica qué mortaja se le colocó. Según los presentes, “*no fou enreiat*”, y se colocó en dos cajas de madera⁴⁴, una dentro de otra con diversos polvos, como era habitual, pues así también se hizo a Juan II. La de encima fue cubierta de terciopelo carmesí, y se colocó de nuevo encima del catafalco. Juan de Beaumont, que había acompañado al príncipe a lo largo de su vida, pidió que le entregaran la ropa de seda, como recuerdo, para llevarla a Pamplona.

La capilla ardiente del príncipe, sin embargo, discurrió por una vía poco habitual cuando, según los testimonios crónísticos, el príncipe comenzó a obrar milagros a partir del jueves, curando a personas, aunque para Jaume Safont los milagros em-

³⁹ Ariès, *El hombre ante la muerte*, p. 25. Las sepulturas debían colocarse hacia Jerusalén,

⁴⁰ Se compraron un total de 509 cirios, entre grandes y pequeños, ACA, C, reg. 3421, f. 20r-v. Mientras tanto, se hicieron luminarias por la ciudad en memoria del difunto, comprándose 162 cirios. ACA, C, reg. 3421, ff. 12v-13v (1461, noviembre, 12), f. 15v (1461, diciembre, 5) y ff. 19r-20r (1462, enero, 2). Las antorchas y los cirios eran un elemento indispensable para los funerales debido a su contenido simbólico. Representaban la luz de Cristo en contraposición a la oscuridad del demonio y del pecado. Baldó Azcoz, *Un aspecto de los funerales*, p. 198.

⁴¹ Entre los que permanecieron vigilando el cuerpo del príncipe, mientras oraban por su alma durante los trece días, estaban los presbíteros y cantores de su capilla como Bartomeu Peiró, antes perteneciente a la capilla del príncipe y procurador de Joan de Barrueta, sacristán de la capilla del príncipe, ACA, C, reg. 3421, f. 32r-v (1462, enero, 28). También le acompañaron Joan Barbero, Ramon Sala, Joan Ribes, Francesc Rovira, y los escolares, Pere Espaser y Jaume Solà, ACA, C, reg. 3421, ff. 29r-v y 33r (1462, enero, 19).

⁴² Domingo Muriello, presbítero de Navarra, limosnero y maestro de capilla del príncipe, fue el encargado de organizar los cantos de los oficios divinos; a su cargo estaban Bartomeu Peiró, Joan Barber, Ramon Sala, Francesc Rovira y Joan Ribes, presbíteros y cantores de la capilla del príncipe, y Pere Espaser y Jaume Solà, escolares también de su capilla, ACA, C, reg. 3421, ff. 17r y 29r-v.

⁴³ En Francia, la diferencia esencial entre los funerales del rey y los principescos y nobiliarios era la exposición a cara descubierta. Los reyes eran expuestos durante la procesión y en la iglesia, mientras que los príncipes lo eran durante un breve espacio de tiempo antes de colocarlos dentro del ataúd, Gaude-Ferragu, *D'or et de cendres*, p. 240.

⁴⁴ Los carpinteros de Barcelona encargados del ataúd fueron Genis Caro y Marc Safont, ACA, C, reg. 3421, ff. 11v-12r (1461, noviembre, 12).

pezaron el viernes 25⁴⁵. La noticia de los prodigios aumentó la afluencia de gente que iba a visitar al príncipe difunto, a tocar su cuerpo y su ropa, a ver si conseguían curarse. A causa de los milagros, el capítulo de la catedral decidió que hubiera unos cincuenta presbíteros que estuvieran permanentemente con el cuerpo hasta que fuera sepultado. Se harían tres turnos de ocho horas, de noche y de día. Estos poderes taumatúrgicos pueden relacionarse con su linaje francés, los Evreux, y el poder de los reyes franceses de curar las escrófulas, aunque la causa más inmediata habría que encontrarla en la necesidad política de continuar fomentando la adhesión a la causa del príncipe de Viana, en este caso, a través de la devoción popular. Este hecho obligó a los consejeros a colocar una reja con dos puertas alrededor del príncipe para que la gente pudiera acercarse de manera más ordenada. En una parte de la reja, se puso la cruz mayor de la catedral y cuatro banderas: una con las armas reales de Aragón, otra con las armas de Sicilia, otra con las armas de Navarra y Francia, y una última con la divisa del príncipe.

En el lenguaje político de las monarquías bajomedievales tuvo una importancia cada vez más relevante el papel del lenguaje simbólico de la heráldica⁴⁶. A modo de uso legítimo de los signos de poder, lo heráldico se imbricó con lo ceremonial a modo de continuidad argumental. En este caso, los símbolos heráldicos marcan el espacio e identifican al príncipe de Viana como primogénito de Aragón, de Sicilia y legítimo sucesor de la casa de Navarra, a pesar de que su padre, Juan II, lo había desheredado en favor de su hermana Leonor⁴⁷. Las instituciones catalanas, sin embargo, reconocen e identifican al príncipe como legítimo sucesor de Aragón, Sicilia y Navarra y recuerdan su vinculación a la Casa Real Navarra, los Evreux, cuyo escudo eran unas flores de lis con una banda de plata y gules, señales que el cronista confunde con las de Francia. Por último, y como señal personal del príncipe, aparece la bandera con su divisa, que con toda probabilidad sería una bandera roja con un lebril blanco, tal como aparece en el inventario de sus bienes⁴⁸, divisa utilizada por los reyes de Navarra, tanto por su madre Blanca como por su abuelo Carlos III. Estos elementos heráldicos sirven para identificar al difunto, demostrando su condición de heredero, su vinculación al linaje de la casa real de Navarra, los Evreux, y su propia identidad.

5. Barcelona de luto

Organizado el significativo recurso armero, toca ahora ver cómo *la Ciudad de los prodigios* se puso de riguroso *sable* para despedir al príncipe en su último recorrido ceremonial. Desde el mismo momento en el que se esperaba la muerte del príncipe, se ponía en marcha un complejo entramado de redes diplomáticas para que la noticia llegara a todos los reinos y lugares, tanto propios como vecinos⁴⁹.

⁴⁵ *Dietari o Llibre de Jornades*, p. 140.

⁴⁶ Arias Nevado, “El papel de los emblemas heráldicos”.

⁴⁷ En el año 1453, el rey de Navarra inició un proceso para desheredar a su hijo primogénito de sus legítimos derechos sobre el trono de Navarra. Hizo lo mismo con su segunda hija, Blanca, nombrando legítima heredera a la infanta Leonor, la pequeña, casada con el conde de Foix.

⁴⁸ El inventario del príncipe de Viana se encuentra en ACA, C, reg. 3494, *Inventarium bonorum infantis Caroli* y en CODOIN ACA, XXVI. Asimismo, encontramos otro inventario de bienes, igual que el anterior, en ACA, C, reg. 3421.

⁴⁹ Sobre la transmisión de la noticia en los municipios remito a Sabaté, *Cerimònies fúnebres*, pp. 7-14. Sobre las

La primera labor de los consejeros era comunicar la noticia de la muerte del primogénito al rey, quien ya se había enterado por otras vías⁵⁰; luego, a diversas localidades, a los *paers* de Lérida⁵¹, a los diputados de Igualada⁵², a los consejeros de Perpiñán⁵³, a Cervera, Vic y Tortosa⁵⁴; mientras los servidores del príncipe informaron al rey de Francia⁵⁵ y al papa⁵⁶. No solamente se trataba de transmitir la noticia del fallecimiento del hijo del rey, del primogénito, sino que debían prepararse las exequias correspondientes en cada uno de los lugares. Por ello, el rey también informó a los *paers*, consejo y prohombres de la ciudad de Lérida, al consejo y prohombres de la ciudad de Tortosa, Perpiñán, Gerona, Vic, Manresa, Cervera, Villafranca del Penedés, Puigcerdà, Tarragona, Zaragoza, Daroca, Borja, Tarazona, Huesca, Jaca, Barbastro y Teruel, pues en esos lugares se celebrarían solemnidades en honor del príncipe⁵⁷. Por tanto, a partir de ese momento, los escenarios fúnebres se van extendiendo a lo largo del territorio y del reino, a pesar de que la ceremonia más solemne iba a celebrarse en Barcelona.

La ciudad de Barcelona, lugar de defunción del primogénito, debía ser el lugar principal de los funerales. Por ello, la ciudad debía transformarse en el escenario adecuado, ese escenario de duelo y luto en el que el continuo repique de campanas, tañendo a muerto, ayudaban a marcar ese momento y a comunicarlo a sus habitantes y a los lugares cercanos⁵⁸. La participación de los ciudadanos, la colectividad, así como de las iglesias y monasterios, y la realización de exequias en otras villas y lugares del reino formaban parte de la ceremonia y de esa necesidad de rezar, todos, con el fin de conseguir el eterno descanso del alma del príncipe en el paraíso⁵⁹. Y ello implicaba, por consiguiente, la paralización de la vida cotidiana, tanto de las instituciones como de sus habitantes.

La preparación de los funerales corría a cargo de los *consellers* de la ciudad, aunque los gastos irían prácticamente a cargo del Consejo de Barcelona, de una parte⁶⁰, y los albaceas del príncipe, de la otra, quienes se vieron obligados a vender los bienes y joyas del príncipe para poder sufragarlos, como solía ser costumbre por la

cartas de condolencia y trasmisoras del fallecimiento existe un corpus documental del Archivo de la Corona de Aragón, *La muerte de la Casa Real de Aragón*.

⁵⁰ ACA, C, reg. 3411, ff. 17v-18r; AHCB, Consell de Cent, Lletres reials originals, 1 B IXA-3, carta 881. CODOIN ACA, XVIII, pp. 63-65 (1461, septiembre, 25).

⁵¹ ACA, Generalidad, N 672, ff. 40v-41r (1461, septiembre, 26).

⁵² Segura, *Història d'Igualada*, pp. 299-300; CODOIN ACA, XVIII, pp. 49-50 y 68.

⁵³ CODOIN ACA, XVIII, pp. 75-76 (1461, septiembre, 26).

⁵⁴ AHCB, Consell de Cent, Lletres closes, 1 B VI-22, f. 138r-v (1461, septiembre, 23); Lletres comunes, 1 B X-31, ff. 127r-129r (1461, septiembre, 23) e *idem*, f. 134r (1461, septiembre, 28).

⁵⁵ Calmette, *Louis XI, Jean II et la révolution catalane*, pp. 53-54.

⁵⁶ ACA, C, reg. 3410, ff. 173v-174r (1461, septiembre, 27); ACA, C, reg. 3411, f. 20r-v (1461, septiembre, 26); CODOIN ACA, XVIII, pp. 106-112 (1461, octubre, 7).

⁵⁷ ACA, C, reg. 3411, f. 19r-v (1461, septiembre, 26).

⁵⁸ Los encargados del repique fueron también Alonso Blanch, alias Vedell, y Francesc Espilan, presbíteros y monjes beneficiados en la catedral de Barcelona, quienes recibieron 30 florines por los trece días que tocaron, ACA, C, reg. 3421, f. 26v (1462, enero, 12).

⁵⁹ El monasterio del Carmelo ofició veinticuatro misas, además del rezo de salmos a cargo de veintitrés frailes, tanto de día como de noche; en el convento de frailes menores fueron celebradas noventa y siete misas; el convento de Santa Catalina celebró ciento veintitrés misas, además de rezar durante ciento cincuenta días; la iglesia de San Agustín celebró veinticinco misas; y el monasterio de Santa María de la Merced celebró ciento veinticuatro misas, además del rezo continuo, realizado por ciento cuarenta y tres frailes. En total se celebraron unas 400 misas por su alma. ACA, C, reg. 3421, ff. 25v, 26r, 27r y 30r-31r.

⁶⁰ *Manual de novells ardis*, II, p. 395.

falta de liquidez de las arcas regias⁶¹. El empeño de joyas y de bienes materiales para el pago de los funerales era habitual; así lo habían hecho los albaceas de Martín I y, posteriormente, los de Juan II, quienes vendieron todo el oro y la plata del tesoro real e incluso empeñaron el collar del Toisón de Oro⁶².

En cuanto a la ceremonia en sí, el problema estaba en que no aparecían especificadas sus normas en ninguna ordenanza, ni en Aragón ni Castilla ni en Francia, a excepción de Inglaterra, a través de *De exequiis regalibus*, y de las ceremonias pontificias⁶³. El príncipe tampoco había dispuesto nada en su testamento con respecto a sus exequias o a la elección de sepultura, determinando que sus albaceas serían los encargados de todo. Por otra parte, los consejeros de Barcelona poca experiencia tenían en celebrar funerales y exequias⁶⁴, más allá de aniversarios o misas, pues desde Martín I en 1410 ningún rey había muerto en la ciudad⁶⁵. Por ello, al día siguiente, el jueves 24, se reunió del consejo ordinario de los Treinta y dos, “*demenaren lur consell e acort sobre la serimonia*”, y revisaron toda la documentación sobre las antiguas exequias y funerales ofrecidos por la ciudad para poder determinar la manera de llevarlo a cabo. En esta reunión, decidieron aquellos elementos indispensables en todo funeral: el luto, la iluminación y el paño mortuorio, que, siguiendo la costumbre, eran ofrecidos por la ciudad al difunto.

En cuanto a la vestimenta de luto, elemento visual principal para mostrar el duelo y el dolor, el negro debía imperar en el espacio; por eso se debían confeccionar vestidos negros para la ocasión. Los *consellers* y los prohombres de la ciudad vestirían sus habituales *gramallas*, pero confeccionadas con tela negra, de bruneta y terliz, y con capirotos de buen tinte⁶⁶. Asimismo, se recomendó a los diputados de Gerona y de Vic que fueran vestidos “*de drap de bruneta, segons nosaltres fem*”⁶⁷. No solamente se confeccionaron piezas para los consejeros, también a todos aquellos que iban a formar parte del cortejo fúnebre, como los servidores, como el maestro de pajes, el mozo de espuelas⁶⁸, y los fieles al príncipe, entre ellos Juan de Beaumont, Juan de Cardona, el conde de Beaufort, hijo del príncipe, Juan de Híjar, y otras cinco para hombres de la casa de Juan de Híjar⁶⁹. Por tanto, desde el Consejo de Barcelona

⁶¹ En el ACA encontramos un registro de Cancillería, concretamente el 3421, en el que consta un gran número de épocas pagadas por los albaceas del príncipe y en los que se especifican parte de los gastos de los funerales.

⁶² Santacruz, “L’impacte de la mort del rei Martí l’Humà”; Martínez Ferrando “Exequias y enterramientos reales en la corona de Aragón”, haciendo alusión a Carbonell.

⁶³ Gaude-Ferragu, *D’or et de cendres*, p. 102.

⁶⁴ Según Martínez Ferrando, “Exequias y enterramientos reales”, p. 3, cuando Fernando el Católico pidió al archivero que le hiciera un informe sobre las exequias reales, no encontró ningún documento que las describiera.

⁶⁵ En las *Rúbricas de Brúniquer* aparece el listado de los funerales y exequias celebradas en la ciudad de Barcelona y organizadas por los consejeros.

⁶⁶ Se decidió que se cortaría la tela dentro del huerto de la Casa de la Ciudad, metiendo la cantidad que fuera menester, y dando a cada uno 6 *canas* de tela como era costumbre de otros tiempos. Los consejeros: Jaume Ros y Francesc Lobet, ciudadanos; Joan de Lobera, Bernat Pongsem, mercaderes; Bartomeu Agell, Joan Mateu, notarios; Joan Massanet y Esteve Guitart, menestrales; además de los honorables Joan Ros y Guillem Pongsem, cónsules del Mar; Gaspar de Rajadell y Bartomeu Ferrer, *obriers*; Bartomeu Quintana, clavario; Joan Ginebret, escribano del honorable Consell; y Joan Mayans, escribano de los honorables racionales, así como Joan Vilanova y Joan Marqués, *verguers* de los *consellers*. ACA, C, reg. 3421, ff. 3v-7v (1461, octubre, 21).

⁶⁷ AHCB, Consell de Cent, Lletres closes, 1 B VI-22, ff. 140v-141v (1461, septiembre, 26).

⁶⁸ ACA, C, reg. 3421, ff. 7r-v (1461, octubre, 27).

⁶⁹ Los sastres que confeccionaron las gramallas fueron cinco, todos ellos de Barcelona: Antoni Server, Pere Carnicer, Petit Joan (el sastre del príncipe de Viana), Joan Díaz y Nicolau Luque. Se confeccionaron un total de 416 gramallas.

se mandó la elaboración de centenares de gramallas para todos los que iban a participar, aunque se pagó a través del dinero proporcionado por los albaceas al clavario de la ciudad por la venta de los bienes del príncipe⁷⁰. Igualmente, se confeccionaron hábitos nuevos para el maestro fray Pere Queralt, fray Nicolau Merola, maestro en Sacra Teología, y para fray Pere Andreu⁷¹.

La presencia de mujeres en estos funerales fue un hecho. En el cortejo fúnebre, al final, iban las mujeres, aunque no era corriente su participación en estos actos públicos, pues solían llevar el luto en la intimidad del palacio y en sus propias cámaras⁷². En relación con la vestimenta, los consejeros se encargaron de proveer los trajes de luto propio de mujeres, los monjiles, uno para Timbor de Híjar, así como tres capas para sus doncellas y dos túnicas y mantos para la panadera y la lavandera y para Brianda de Vega, la madre del hijo del príncipe de Viana⁷³, así como una cota y un manto de *molada* para madona Angelina, apodada “la ignocenta”⁷⁴.

La iluminación, recurso escénico básico, formaba parte esencial de las ceremonias. La luz debía conquistar el espacio, ya fuera interior, como el palacio o la catedral, o exterior, como las calles de Barcelona. Así, los consejeros decidieron la compra de ciento cincuenta blandones que serían utilizados para el cuerpo del príncipe y para el día del aniversario. La cantidad de cirios, velas y luminarias marcaba la categoría del difunto. Por ello, se compraron cantidades semejantes a las utilizadas en el funeral de Juan II: para el príncipe 509 cirios y 162 para las luminarias, y para el rey unos 700⁷⁵.

Por último, los consejeros debían decidir el paño mortuorio o *drap d’or imperial* que siempre entregaba la ciudad de Barcelona. Este elemento suntuario era sumamente importante en todos los funerales y aniversarios, símbolo de lujo, pero también era una representación heráldica que distinguía el féretro⁷⁶. Se trataba de una tela de seda de color, podía ser roja, verde, azul, en la que se pintaban las señales del difunto y las de la ciudad, en este caso, las de Barcelona, y se colocaba encima del ataúd o del túmulo. Las señales iban pintadas dentro de unas orlas de tercianela negra o azul oscuro y todo ello forrado de negro o de azul oscuro. Entre las señales, se añadían algunos elementos decorativos, como podía ser la pintura de follajes de oro fino. El número de señales variaba, así como el color de la seda, según los funerales⁷⁷. En

⁷⁰ En cuanto a los gastos del funeral y las cuentas, aparecen detalladas en el registro de Cancillería, ACA, C, 3421.

⁷¹ ACA, C, reg. 3421, f. 3r-v (1461, octubre, 21).

⁷² Gaude-Ferragu, *D’or et de cendres*, pp. 157-164.

⁷³ ACA, C, reg. 3421, ff. 7r-v (1461, octubre, 27).

⁷⁴ ACA, C, reg. 3421, f. 8r (1461, octubre, 27).

⁷⁵ Gaude-Ferragu, *D’or et de cendres*, pp. 172-173. La cifra de los brandones de Juan II aparece en el *Llibre de algunes coses asanyalades*, p. 283.

⁷⁶ Utilizado en toda Europa, Gaude-Ferragu, *D’or et de cendres*, pp. 173-175.

⁷⁷ El número de señales heráldicas en los paños mortuorios dependían de cada ocasión. Por ejemplo, en la ceremonia del rey Martín, el *drap imperial* de la ciudad de Barcelona tenía 28 señales de la ciudad, Patricia Santacruz, “La mort de Martí l’Humà”, p. 59. En el aniversario de la reina Leonor, en enero de 1436, la ciudad compró un paño, forrado de tela azul, y en las orlas se pintaron 14 señales, 7 de la reina y 7 de la ciudad, *Llibre de les Solemnitats*, pp. 64-65. En el aniversario ofrecido al conde de Foix, marido de Juana, hija del conde de Urgell, la ciudad ofreció el paño imperial con 15 señales: 5 con las armas del rey, 5 con las de Juana y 5 con las del conde, *Llibre de les Solemnitats*, p. 78. En el aniversario del infante Enrique también se colocaron 14 señales, 7 del infante y 7 de la ciudad (*idem*, p. 101), y en este caso “*un bell drap d’or imperial vermell*”. Para el aniversario de la infanta Catalina, mujer del infante Enrique, en 1439, “*un bell drap d’or imperial*”, en el que las orlas fueron hechas por el pintor Jaume Vergós (*banderer*, pintor de banderas), de tercianela azul oscuro, con 14 señales: 7 de la infanta y 7 de la ciudad; (*idem*, pp. 107-108). En el aniversario dedicado a la reina de Portugal, a

Barcelona, el encargado de pintar las banderas fue Jaume Vergós, *banderer*⁷⁸.

El paño heráldico del príncipe de Viana debía llevar 16 señales pintadas: ocho con sus armas y otras ocho con las armas de la ciudad, según habían decidido los *conseillers*. El paño imperial debía ser de muy buena calidad; sin embargo, en Barcelona, desde hacía algún tiempo, no se encontraban tiendas en las que hubiera “*draps d’or decents ne pertinentes*”⁷⁹, como ya había ocurrido en la solemnidad de la sepultura de mosén Francesc, patriarca de Jerusalén y administrador de la iglesia de Barcelona, en la de la reina Violante de Bar, en que “*no-s trobaren en negunes botigues de la dita ciutat draps d’or convinents*”, o en la celebración del aniversario de la infanta Catalina, mujer del infante Enrique, en octubre de 1436, cuando “*no-s trobaven bons drap d’or en la dita ciutat*”⁸⁰. Por tanto, y como también ocurrió en el aniversario de la infanta Catalina, hubo que pedir prestado un paño imperial a la sacristía de la catedral. En esta ocasión, para el príncipe, fue un paño de oro blanco imperial, que había sido dado por la ciudad en el aniversario del rey Alfonso, en el que había 16 señales, todas de la ciudad de Barcelona. Esto hizo que las señales del príncipe no estuvieran presentes en el paño, que era otro elemento heráldico de distinción del difunto, una manera de señalar la identidad del féretro, con sus armas y con las armas del lugar, también protagonista de las ceremonias.

La costumbre era colocar encima del paño mortuorio otra tela y encima los símbolos del difunto. En el caso del príncipe, se puso una tela carmesí brocada de oro sobre la que se depositó la espada que el primogénito llevaba mientras vivía, y que se hacía llevar delante. Tanto la tela y la espada fueron donadas a la sacristía. Por tanto, encontramos la unión de los símbolos del *princeps*, su dignidad regia y el luto de la muerte.

6. La procesión

La ciudad hermanada y organizada como un cuerpo político jerarquizado y evidente comienza su postrer recorrido en la procesión. El traslado del féretro real por las principales calles de la ciudad, según la costumbre, desde el palacio real hasta la catedral, era un encuentro solemne entre el príncipe y sus súbditos, un espacio marcado por la solemnidad del momento y por el dolor. El protocolo ceremonial será uno de los protagonistas a la hora de determinar el orden de la procesión, pero la luz y los elementos religiosos formarán parte de la solemnidad, así como los símbolos heráldicos del difunto y de Barcelona como elementos identificativos de los protagonistas.

La capilla ardiente había permanecido en el palacio real durante más de una semana, sin duda, un tiempo bastante prolongado. El funeral en la catedral de Barcelona estaba previsto que se celebrara el lunes 5 de octubre. Por esta razón, dos días

principios de abril de 1445, el paño imperial tenía 14 señales: 7 de la reina y 7 de la ciudad, forrado de tela azul, que posteriormente será utilizado en el aniversario de la muerte de la reina de Castilla, cambiando las señales de Portugal por las de Castilla (*idem*, p. 157). El del infante don Enrique, maestre de Santiago, en 1445, tenía 14 señales: 7 del infante y 7 de la ciudad (*idem*, p. 164). En el caso de la reina Violante de Bar, en 1431, el paño imperial tenía también 16 señales, pero todas ellas de la ciudad de Barcelona; así que le cubrieron la mitad hacia los pies con el de la ciudad, y la otra parte con el de las señales del rey, *idem*, p. 49.

⁷⁸ Fité i Llevot, *Jaume Ferrer, pintor de la Seu de Lleida*.

⁷⁹ *Llibre de les Solemnitats*, p. 244.

⁸⁰ *Llibre de les Solemnitats*, pp. 43-44, 49, 108.

antes, el sábado 3, se reunió el consejo para elegir a doce personas, seis caballeros y otros tantos honorables ciudadanos, para que se encargaran de invitar a preladados, condes, barones, nobles, caballeros y notables ciudadanos y mercaderes de Barcelona al funeral⁸¹. El domingo debían salir a caballo y con capirotos, en dos tandas. La invitación se hizo extensible, como era costumbre, a las abadesas y priores de los monasterios de Sant Pere, de Vallonzella, de Junqueras y de Montealegre, invitados siempre a las sepulturas de los reyes, reinas y primogénitos.

Antes de comenzar la procesión, el lunes, fue celebrado un solemne oficio en la sala del palacio por parte del obispo de Vic acompañado del clero de la catedral. En realidad, correspondía al obispo de Barcelona officiar los funerales, pero se encontraba enfermo, así que fue sustituido por el de Vic. Terminado el acto, comenzó el traslado del féretro, realizado por veintiocho personas, catorce a cada lado. Entre tanto, en la plaza del palacio se hicieron luminarias con los blandones que portaban Francesc Desplà, Bernat Xivaler, Bernat Sapila, el abad de Montserrat, Juan de Híjar, el obispo de Vic, de Osona y de Barcelona, así como los blandones de Lérida, de Barcelona y del cuerpo del príncipe.

El orden de la procesión fue decidido por los consejeros. En primer lugar iba una veintena de blandoneros, cada uno con “*bastaxos cada uno de 50 cirios*”, de los que había cien del obispo de Barcelona, otros tantos del obispo de Vic del obispo de Huesca, de Juan de Beaumont; cincuenta de Juan de Híjar, de mosén Bernat Sapila, de Bernat Fiveller; y cien de los albaceas, a excepción de los diputados quienes no pudieron participar con cirios, y de otros barones. A continuación, seguían las catorce cruces de la catedral, de las parroquias y de las órdenes religiosas, siguiendo este orden. Primero, la cruz mayor de la catedral, la de Santa María del Mar, Santa María del Pino, la iglesia de San Justo, San Pedro, San Jaime, Sant Cugat, Santa Ana, de los frailes de la Merced, del Carmen y Agustinos. Después, los capellanes de las parroquias, los capellanes de la catedral, los canónigos con el obispo de Vic. A continuación, gran multitud de hombres, mujeres y niños, quienes, según el *Dietario de la Generalidad*, habían sido curados por los milagros del príncipe. Unos iban descalzos, otros en camisa y paños⁸².

Después de toda esta comitiva, iba el cuerpo del príncipe, dentro de un ataúd de madera con una cubierta de terciopelo carmesí y decorada con plata dorada. Era llevado por los tres primeros consejeros de Barcelona con otros barones, caballeros, gentilhombres y ciudadanos honrados. Después le seguían el hijo del príncipe, Felipe de Aragón, Juan de Beaumont, Juan de Híjar, Juan de Cardona, Carlos de Cortes y otras personas de la casa del príncipe, pues durante los funerales debían servirlo como hacían en vida⁸³. Ausencias notables, la del rey y la reina, respondían a cuestiones políticas, sumamente complejas especialmente después de la firma de las Capitulaciones de Villafranca entre la Diputación del General y Juan II⁸⁴.

Luego, los *verguers* o alguaciles de vara con las vergas *drassades*. Después los honorables mosén Rafael Vilar, *conseller quint*, y mosén Miquel Desplà, detrás Pere Destorrent, *conseller primer*, y mosén Honorat Sacromina, notario y *conseller quart*. A continuación, los *portés* de los diputados de Cataluña con las mazas alza-

⁸¹ Así mismo hicieron en el funeral de Juan II, *Dietari o Llibre de Jornades*, p. 271.

⁸² *Dietari o Llibre de Jornades*, pp. 140-141.

⁸³ Gaudé-Ferragu, *D'or et de cendres*, p. 146

⁸⁴ Sobre estas cuestiones remito a Miranda, *El príncipe de Viana*, pp. 347-363.

das. Finalmente, el resto de consejeros de Barcelona, el obispo de Huesca, el conde de Pallars, todos vestidos con gramallas negras. Y, después, el resto, en procesión divididos en ocho grados o rangos y, al final, las mujeres que, según las crónicas, eran más de seis mil. Es interesante resaltar la presencia femenina en esta procesión funeraria⁸⁵. Todos llorando y gimiendo, fuerte y dolorosamente, como muestra de dolor, como era costumbre.

El recorrido del cortejo fúnebre por las calles de Barcelona era el habitual en las ceremonias⁸⁶. Salió del palacio, pasó por la plaza del Rey, después por la plaza de la Boria, la capilla *d'en Marcús*, la calle Montcada y el Borne. A su paso por Santa María del Mar, entraron en la iglesia y el cuerpo del príncipe fue puesto ante el altar, haciéndole una solemne absolución. Salieron a la calle dels *Canvis*, la calle Ample, Regomir, San Jaime, delante de la Diputación y del palacio del obispo. Y entraron en la catedral por la puerta del cimborrio.

Las calles debían reflejar la solemnidad del momento a través de la decoración y de las luminarias. La presencia del príncipe, también, debía llenar el ambiente y el espacio, tanto de la catedral como de la ciudad, a través de sus señales y la heráldica. La economía simbólica de la muerte regia durante la Edad Media tiene una última etapa del mismo rigor e importancia que las anteriores.

7. El funeral religioso

La ceremonia litúrgica era la solemnidad principal en las exequias reales. La catedral, en este caso, de Barcelona, se convirtió en el lugar central del duelo, adecuándose el espacio a la escenificación del dolor ante la muerte del primogénito. La iluminación, el negro y las señas de identidad del difunto eran elementos primordiales que ocupaban todo el espacio.

Ante el altar mayor de la catedral, y sobre las escaleras de la cripta de Santa Eulalia, se colocó la capilla ardiente⁸⁷, una estructura construida con vigas de madera, todo de negro, encima una tablazón con unos escalones para subir y sobre los postes un lecho con bancales de madera alrededor⁸⁸. Probablemente debió de ser aprovechada de otras solemnidades, pues no nos constan los gastos y el trabajo de los carpinteros para su construcción. Toda ella fue decorada con paños de pies y bancales verdes con las señales de la ciudad. Encima de los escalones se colocaron unas alfombras del primogénito y sobre el lecho un cobertor de raso, prestado por Bartomeu Ferrer, y un sobrecielo de constanza azul oscuro con una señal grande en medio del primogénito.

La decoración heráldica delimitaba el espacio de la catedral, como antes lo había hecho en el palacio. Alrededor de la capilla ardiente se pusieron, según costumbre

⁸⁵ Según Gaude, en Francia las mujeres no participaban de los funerales y se recluían en sus cámaras de luto, Gaude-Ferragu, *D'or et de cendres*, pp. 157-164.

⁸⁶ Ese mismo recorrido fue el del funeral de Juan II y el que se solía hacer en las procesiones religiosas. *Dietari o Llibre de Jornades*, p. 275.

⁸⁷ Resulta curioso el dibujo de la capilla ardiente del príncipe en *Dietaris de la Generalitat*, 7, f. 6r, del día 5 de octubre de 1461.

⁸⁸ Con toda probabilidad esta estructura de madera debía de aprovecharse en diversos funerales de la Catedral para la colocación de otros túmulos. Estas estructuras eran las propias de las capillas ardientes, en Zaragoza, Laliena Corbera e Iranzo Muño, *Las exequias de Alfonso V*, p. 58.

real, cuatro banderas en cada una de las esquinas: la de las armas de Aragón, de Sicilia, de Navarra y el cuarto el estandarte con la divisa del príncipe. Todas estas armas remitían a la condición del príncipe como primogénito de Aragón, de Sicilia y legítimo heredero de Navarra (aunque ese título lo tenía su hermana Leonor), a las que se unía la presencia de la propia divisa del príncipe, que probablemente también sería la del lebril blanco, como la utilizada en la capilla ardiente del palacio. Asimismo, en cada esquina, también se colocaron cuatro señales de la ciudad. Y, alrededor, cuatro paños con 40 señales, la mitad del príncipe y la otra mitad de Barcelona. Ese día se determinó que el sobrecielo y las telas solamente llevaran las armas del príncipe; de hecho, las de la ciudad de Barcelona debían ser tapadas con 24 señales con las armas del príncipe⁸⁹.

La presencia de blandones, cirios y velas era indispensable en cualquier celebración religiosa. Por ello, la catedral se llenó de la luz procedente de 230 blandones de 8 onzas cada uno, todos negros, y además nueve cirios de 3 libras cada uno, uno en la cima del tugurio, y uno en cada esquina. Probablemente los cirios también llevarían las armas de la ciudad como en el funeral por Martín I⁹⁰.

En cuanto a la ceremonia religiosa, aunque no disponemos de datos, debió seguir el rito propio de la liturgia de la muerte, el *officium defunctorum*, como era habitual⁹¹. Fue presidido por el obispo de Vic, a causa de la indisposición del de Barcelona, como ya hemos comentado anteriormente. La liturgia constaría de todos los cantos y salmos propios del oficio, junto con las ofrendas y el sermón fúnebre en el que se ensalzarían las virtudes del difunto, esas virtudes cristianas presentes en todos los príncipes que eran condición indispensable para alcanzar la vida eterna. La ceremonia finalizaría con el traslado del difunto al lugar del sepelio⁹².

Como el príncipe no había decidido ningún lugar de entierro, sus restos fueron trasladados a una capilla de la catedral, siendo probablemente depositados en la capilla de los Inocentes, aunque no sabemos si en alguna fosa determinada o en el centro de la capilla, pues años después se pidió la construcción de un arca de plata para colocar los restos que estaban en una bonita caja de madera⁹³. Allí permanecieron hasta su definitivo traslado al monasterio de Santa María de Poblet en el año 1472 por orden del rey Fernando⁹⁴. No poseemos más datos acerca de su entierro temporal, pero probablemente habría ciertos ornamentos fúnebres que marcarían el espacio en el que descansaban los restos del primogénito, sus señas heráldicas marcarían su rango y su identidad, y la iluminación perpetua actuaría como otro elemento distintivo adicional⁹⁵.

Las solemnidades religiosas continuaron al día siguiente en la catedral con un réquiem, oficiado por el confesor del príncipe, Francesc Queralt, quien alabó la vir-

⁸⁹ *Llibre de algunes coses asanyalades*, p. 190.

⁹⁰ Santacruz, *La mort de Martí l'Humà*, p. 60.

⁹¹ Asensio, *Música, liturgia y paraliturgia*, pp. 95-105.

⁹² Gaude-Ferragu, *D'or et de cendres*, pp. 225.

⁹³ Font i Rius, *El príncep de Viana a la Seu de Barcelona*, pp. 541-557; Altisent, *Història*, p. 295. El padre Josep Queralt en su vida sobre el príncipe de Viana da como fecha de entierro en el monasterio de Poblet el año 1472, Queralt, *Vida*, p. 74.

⁹⁴ Sus restos fueron enterrados en Poblet, bajo el arco de piedra del lado del Evangelio, debajo de la tumba de Pedro IV y en medio de los tres sarcófagos reales, Toda, *La tragedia*, p. 14.

⁹⁵ Como no poseemos datos sobre el entierro ni los posteriores ritos, remito a las costumbres en Francia que también podrían ser las propias de Aragón, Gaude-Ferragu, *D'or et de cendres*, pp. 218-220.

tuosa vida del príncipe⁹⁶. Los consejeros volvieron a invitar a todos aquellos que habían estado en la sepultura y a los maestros de las cofradías de la ciudad. Ese día, les convocaron temprano en la Casa de la Ciudad para ir juntos a la catedral; primero iban los *verguers* y los *porters* de los diputados de Cataluña, es decir, un verguer a la derecha y un portero de los diputados a la izquierda y después un portero a la derecha, y el verguer a la izquierda. Y ese día se puso sobre el ataúd del príncipe el paño imperial, prestado por la sacristía, con las señales de Barcelona y la espada del primogénito. Y se volvieron a descubrir las señales de la ciudad. Alrededor los blandones y los cirios negros con las señales también de Barcelona.

8. Conclusiones

La muerte de un príncipe es un ritual político relevante tanto en sus aspectos formales como discursivos. Se trata del tránsito de la vida política a la actividad simbólica tras su fallecimiento, en donde el rito y los diversos escenarios por los que transita el príncipe difunto cobran una gran importancia. La vida en Barcelona se detiene. Todo se convierte, rápidamente, en un escenario de duelo, el palacio real, las calles, la catedral, y todos deben prepararse para ello.

Esa última solemnidad de la que es protagonista el príncipe de Viana es la representación de su última imagen, una imagen de dignidad y poder regio, la del primogénito, representada por medio de un lenguaje político y simbólico, presente siempre en todos los escenarios medievales. Los símbolos heráldicos, los elementos decorativos y suntuarios, la vestimenta, la iluminación, los signos distintivos de la realeza forman parte de ese lenguaje político omnipresente que construye el escenario de dolor y, al mismo tiempo, de poder. Los elementos visuales delimitan y marcan ese espacio de dignidad regia. El rito sigue, asimismo, los pasos de la costumbre y la tradición barcelonesa bajomedieval. El luto y el poder se conjugan por medio del lenguaje simbólico y político, marcando cualquier escenario.

No obstante, estos funerales presentan cierta singularidad debido a los poderes taumáturgicos del príncipe de Viana mientras era velado en su capilla ardiente. Se crea una nueva figura, la de san Carlos de Viana, añadiendo a la imagen regia otra de santidad y de virtud. Estos dones curativos, sin duda, deben entenderse dentro del contexto político del momento, en las complicadas relaciones entre el príncipe de Viana y su padre, Juan II, así como las de este con las instituciones catalanas, la Diputación del General y el Consejo de Ciento. Esta imagen de santidad es una forma de seguir manteniendo viva la imagen del príncipe como forma de propaganda política.

La exhaustiva descripción de estos funerales permite reconstruir dos instantes, sus últimos momentos de vida, vividos como debía, siguiendo esas buenas maneras de morir, y, a renglón seguido, el protocolo ceremonial funerario. Era el momento de demostrar la fidelidad de Barcelona, en este caso, al primogénito, al que habían defendido en todo momento como abanderado de la causa en contra de Juan II. La ciudad llora al primogénito y le convierte en san Carlos de Viana, una nueva figura que seguirá defendiendo la causa catalana ante el rey. Pero también, los funerales

⁹⁶ *Llibre de les Solemnitats*, I, pp. 247-248 ; *Dietari o Llibre de Jornades*, pp. 140-141; *Dietaris de la Generalitat*, I, pp. 168-169; *Manual de novells ardis*, II, p. 392.

permiten acercarnos a una dimensión menos analizada, la de los funerales del heredero, el sucesor del rey, a esa última despedida a quien el destino le negó el trono. Esa última representación de la imagen regia, representando a la corona de Aragón y de Navarra. Sin embargo, esta singularidad del momento concreto, la muerte y los funerales, y de un personaje, el príncipe de Viana, no nos puede hacer perder de vista que se trata de una escenificación más del dolor que parte de una continuidad en las costumbres y en los ritos funerarios presentes en el marco cultural europeo, pues todos los elementos que componen este ceremonial son los que están presentes en las demás cortes, como así se ha ido demostrando.

Los funerales del príncipe de Viana no fueron originales en ningún aspecto, pero las formas de confirmación de su dignidad sí deben llamarnos a establecer una primera conclusión. Pese a la discutida y discutible fortuna política de don Carlos, pues nos encontramos ante un personaje lastrado por su papel en la compleja coyuntura aragonesa y el uso inmediato y posterior que se ha hecho de él y de su *mito*, su posterior recorrido político por la ciudad condal nos coloca ante una novedosa perspectiva sobre su figura, su dimensión como expresión de la tradición política aragonesa y ese poder en escena al que se refería George Balandier⁹⁷. El ritual político del príncipe supuso una forma de reintegración política, ¿un pacto con el pasado? No sabríamos responder con certeza a esta cuestión, pero, al igual que ocurre con otros ritos políticos de la Edad Media en los reinos de *España*, el rito ceremonial y su traslado a lo escrito, supone, sin duda, un compromiso de fijación, en la memoria política del reino, del acontecimiento singular.

9. Bibliografía

- Altisent, Agustí, *Història de Poblet*, Esplugua de Francolí: Abadía de Poblet, 1974.
- Ariès, Philippe, *El hombre ante la muerte*, Barcelona: Taurus, 2011.
- Arias Nevado, Javier, “El papel de los emblemas heráldicos en las ceremonias funerarias de la Edad Media (siglos XIII-XVI)”, *En la España Medieval*, extra 1 (2006), pp. 49-80 [en línea], disponible en <https://revistas.ucm.es/index.php/ELEM/article/view/ELEM0606220049A> [fecha de consulta: 13-01-2021]
- Asensio, Juan Carlos, “Música, liturgia y paraliturgia en las exequias regias”, en Fermín Miranda García y María Teresa López de Guereño Sanz (eds.), *La muerte de los príncipes en la Edad Media. Balance y perspectivas historiográficas*, Madrid: Casa de Velázquez, 2020, pp. 95-105, [en línea] disponible en <http://books.openedition.org/cvz/22852> [fecha de consulta: 10-12-2020].
- Balandier, Georges, *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona: Paidós, 1994.
- Baldó Azcoz, Julia, “Un aspecto de los funerales a través de la legislación civil en la Navarra Bajomedieval: el uso de antorchas durante el cortejo”, en Carmen Erro Gasca, e Iñigo Mugueta Moreno (eds.), *Grupos sociales en la historia de Navarra: relaciones y derechos. Actas del V Congreso de Historia de Navarra, Pamplona, septiembre de 2002*, Pamplona: Eunat, 2002, vol. II, pp. 197-210 [en línea] disponible en <http://sehn.org.es/wp-content/uploads/2018/01/5409.pdf> [fecha de consulta: 10-01-2021].

⁹⁷ Balandier, *El poder en escenas*.

- Cabrera Sánchez, Margarita, “Funerales regioes en la Castilla”, *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, 22 (2001), pp. 537-564, [en línea], disponible en <https://www.raco.cat/index.php/ActaHistorica/article/view/188835> [fecha de consulta: 16-01-2021].
- , “El rey ha muerto. Ritos, funerales y entierro de la realeza hispánica medieval”, en Esther López Ojeda (coord.), *De la tierra al cielo. Ubi sunt qui ante nos in hoc mundo fuere? XXIV Semana de Estudios Medievales, Nájera 2013*, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2014, pp. 239-260.
- , “Técnicas de conservación *post mortem* aplicadas a los miembros de la realeza hispánica medieval”, *Edad Media, Revista Historia*, 16 (2015), pp. 175-198 [en línea], disponible en <https://revistas.uva.es/index.php/edadmedia/article/view/413> [fecha de consulta: 28-09-2020].
- , “La muerte del príncipe don Juan. Exequias y duelo en Córdoba y Sevilla durante el otoño de 1497”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie III. Historia Medieval*, 31 (2018), pp. 107-133. <https://doi.org/10.5944/etfiii.31.2018.21137>.
- Calmette, Joseph, *Louis XI, Jean II et la révolution catalane (1461-1473)*, Ginebra: Slatkine Reprints, 1977.
- Carrasco García, Gonzalo, “Ritual político, antropología e historiografía bajomedieval hispánica”, *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 30 (2017), pp. 121-192. <https://doi.org/10.5944/etfiii.30.2017.18758>.
- Chatenet, Monique, Gaude-Ferragu, Murielle, y Sabatier, Gérard (eds.): *Princely Funerals in Europe, 1400-1700. Commemoration, Diplomacy, and Political Propaganda*, Turnhout: Brepols, 2021.
- Cingolani, Stefano Maria, “Más allá de la muerte. Rituales funerarios y mausoleos reales en la Corona de Aragón (1196-1410). Posibilidades de una investigación global”, en Fermín Miranda García y María Teresa López de Guereño Sanz (eds.), *La muerte de los príncipes en la Edad Media: balance y perspectivas historiográficas*, Madrid: Casa de Velázquez, 2020, pp. 177-196 [en línea], disponible en <https://books.openedition.org/cvz/22912> [fecha de consulta: 10-12-2020].
- , “La Reina María y los funerales de su madre Brianda D’Agout, condesa de Luna, en Zaragoza (1399-1401). Aproximación al estudio de los rituales funerarios de los monarcas de la Corona de Aragón”, *Aragón en la Edad Media*, 24 (2013), pp. 71-90. https://doi.org/10.26754/ojs_aem/aem.2013241051.
- Colección de documentos inéditos del Archivo General de la Corona de Aragón*, Barcelona: Estab. Litogr. y Tip. de José Eusebio Monfort, 1847-1910, 41 vols.
- Dalmases, Núria, y Pitarch, Antoni José, *Història de l’art català*, Barcelona: Ediciones 62, 1986.
- Dietaris de la Generalitat de Catalunya*, Barcelona: Generalitat de Catalunya, 1994.
- Fité i Llevot, Francesc, “Jaume Ferrer, pintor de la Seu de Lleida, i la confecció de draps imperials”, *Locus Amoenus*, 8 (2005-2006), pp. 67-80, [en línea] disponible en <https://revistes.uab.cat/locus/article/view/v8-fite> [fecha de consulta: 18-11-2020].
- Font i Rius, Josep Maria, “El príncip de Viana a la Seu de Barcelona. Algunes notes sobre la veneració popular de Carles de Viana”, en *Homenaje a Antoni Rubió i Lluch. Miscel·lània d’estudis literaris, històrics i lingüístics*, Barcelona, 1936, vol. 2, pp. 541-557.
- García Pérez, Francisco José, y González Arce, José Damián, “Ritual, jerarquías y símbolos en las exequias reales de Murcia (siglo XV)”, *Miscelánea Medieval Murciana*, 19 (1995), pp. 129-138. <https://doi.org/10.6018/j7761>.
- Gaude-Ferragu, Murielle, *D’or et de cendres. La mort et les funérailles des princes dans le royaume de France au bas Moyen Âge*, Villeneuve d’Ascq: Presses Universitaires du Septentrion, 2005.

- Georges, Patrice, “Mourir c’est pourrir un peu... Intentions et techniques contre la corruption des cadavres a la fin du Moyen Age”, *Micrologus*, 7 (1999), pp. 359-382.
- Kantorowicz, Ernst H., *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, Tres Cantos (Madrid): Akal 2012.
- Giesey, Ralph, *Le roi ne meurt jamais. Les obsèques royales dans la France de la Renaissance*, París: Flammarion, 1987.
- Haindl Ugarte, Ana Luisa, “*Ars bene moriendi*: el Arte de la Buena Muerte”, *Revista Chilena de Estudios Medievales*, 3 (2013), pp. 89-108 [en línea], disponible en <http://revistas.ugm.cl/index.php/rcem/article/view/192> [fecha de consulta: 20-02-2021].
- Laliena Corbera, Carlos, e Iranzo Muño, María Teresa, “Las exequias de Alfonso V en las ciudades aragonesas. Ideología real y rituales públicos”, *Aragón en la Edad Media*, 9 (1991), pp. 55-76 [en línea], disponible en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=108417> [fecha de consulta: 28-09-2020].
- Llibre de les Solemnitats, Llibre de les solemnitats de Barcelona. Edició completa del manuscrit de l'arxiu històric de la ciutat*, Duran i Sanpere, A.- Sanabre, J. (ed.), vol. I (1424-1546), Barcelona: Institució Patxot, 1930.
- Manual de novells ardots, vulgarment apellat Dietari del Antich Consell Barceloní*, 28 vols., Barcelona, 1892-1992, vol. II.
- Martínez Ferrando, Jesús Ernesto, “Exequias y enterramientos reales en la Corona de Aragón”, *Boletín Arqueológico de Tarragona*, 47 (1947), pp. 77-98.
- Miranda García, Fermín, y López de Guereño Sanz, María Teresa (eds.), *La muerte de los príncipes en la Edad Media*, Madrid: Casa de Velázquez, 2020 [en línea], disponible en <https://books.openedition.org/cvz/22697?lang=es> [fecha de consulta: 10-12-2020].
- Miranda Menacho, Vera Cruz, *El príncipe de Viana en la Corona de Aragón*, tesis inédita, Universidad de Barcelona, 2012.
- Mitre, Emilio, “La muerte del rey: la historiografía hispánica (1200-1348) y la muerte entre las élites”, *En la España Medieval*, 11 (1988), pp. 167-183 [en línea], disponible en <https://revistas.ucm.es/index.php/ELEM/article/view/ELEM8888110167A> [fecha de consulta: 20-01-2021].
- , “Muerte y memoria del rey en la Castilla bajomedieval”, en Manuel Núñez Rodríguez y Ermelindo Portela Silva (coords.), *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media. Ciclo de conferencias celebrado del 1 al 5 de diciembre de 1986*, Santiago de Compostela: Servicio de Publicacións e Intercambio Científico da Universidade de Santiago de Compostela, 1992, pp. 17-25.
- Nieto Soria, José Manuel, *Ceremonias de la realeza: Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*, Madrid: Nerea, 1993.
- , “Ceremonia y pompa para una monarquía: los Trastámara de Castilla”, *Cuadernos del CEMYR* 17 (2009), pp. 51-72 [en línea], disponible en <http://riull.ull.es/xmlui/handle/915/13799> [fecha de consulta: 14-11-2020].
- Nogales Rincón, David, “El color negro: luto y magnificencia en la Corona de Castilla (siglos XIII-XV)”, *Medievalismo: Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 26 (2016), pp. 221-245 [en línea], disponible en <https://revistas.um.es/medievalismo/article/view/279611> [fecha de consulta: 18-09-2021].
- Olmos, Francisco de, “La evolución de la sucesión al trono en la Europa medieval cristiana. La consolidación de la figura del príncipe heredero en Castilla y Aragón (siglos XIV-XV)”, *Anales de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía*, 15 (2012), pp. 209-414 [en línea], disponible en https://www.ramhg.es/images/stories/pdf/anales/15_2012/04_de_francisco.pdf [fecha de consulta: 21-02-2021].

- Pastoureau, Michel, *Jesus chez le teinturier: couleurs et teintures dans l'Occident medieval*, París: Leopard d'or, 2000.
- Queralt i Noet, J., *Vida del príncep de Viana, "Col·lecció de manuscrits inèdits de monjos del reial monestir de Santa Maria de Poblet" transcritos por Joaquim Guitert Fontseré. Tomo 3*, Barcelona: Altés, 1948.
- Rúbriques de Bruniquer: Ceremonial dels magnífichs consellers y regiment de la ciutat de Barcelona*, 5 vols., Barcelona: Colecció de Documents Històrics Inèdits del Arxiu Municipal de la Ciutat de Barcelona, 1912-1916.
- Ruiz García, Elisa, "El *Ars moriendi*: una preparació para el trànsito", en *IX Jornadas científicas sobre documentación: la muerte y sus testimonios escritos*, Madrid: Universidad Complutense, 2001, pp. 315-344.
- Sabaté, Flocel, *Cerimònies fúnebres i poder municipal a la Catalunya Baixmedieval*, Barcelona: Rafael Dalmau Editor, Episodis de la Història, 2003.
- Santacruz, Patricia, "La mort de Martí l'Humà a la llum del llibre de Clavaria de la Ciutat de Barcelona del 1410", en *Ciutat, monarquia i formacions estatals, segles XIII-XVIII. XIV Congrés d'Història de Barcelona*, Barcelona: Ajuntament de Barcelona, 2015, pp. 55-65.
- Segura, Joan, *Història d'Igualada*, Igualada: Serpac, 1978.
- Soldevila, Ferran, "La mort de Ferran d'Antequera a Igualada", *Miscel·lània Aqualatensia*, 1 (1949), pp. 25-31.
- Toda, Eduardo, *La tragedia final del Príncipe de Viana. Discursos llegits en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona en la solemne recepció pública del Illre. Sr. D. Eduard Toda el dia 21 de desembre de 1930 i contestació de D. Jaume Barrer, pbr*, Barcelona: Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1930.
- Toldrà Parés, Maria, *La reina Maria, dona d'Alfons V el Magnànim: vida i obra de govern (1401-1458)*, tesis inèdita, Universidad de Barcelona, 2013.
- Varela, Javier, *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1885)*, Madrid: Turner, 1990.
- Venegas, Alejo, "Agonía del tránsito de la muerte", en Antonio Rey Hazas (ed.), *Artes de bien morir. Ars moriendi de la Edad Media y del Siglo de Oro*, Madrid: Ediciones Lengua de Trapo, 2003, pp. 93-126.
- Watson, Gustavo, "El *Ars moriendi* del siglo XV, el culto y algunas formas concretas de piedad en la liturgia de los siglos XIV y XV" [en línia], disponible en <http://pt.scribd.com/doc/%20243379524/trabajo-de-watson-docx>.